

Translation Practice

Excerpt from *El Coronel no tiene quien le escriba*, de Gabriel García Márquez

El coronel destapó el tarro de café y comprobó que no había más de una cucharadita. Retiró la olla del fogón, vertió la mitad del agua en el piso de tierra, y con un cuchillo raspó el interior del tarro sobre la olla hasta cuando se desprendieron las últimas raspaduras del polvo de café revueltas con óxido de lata.

Mientras esperaba a que hirviera la infusión, sentado junto a la hornilla de barro cocido en una actitud confiada e inocente expectativa, el coronel experimentó la sensación de nacían hongos y lirios venenosos en sus tripas. Era octubre. Una mañana difícil de sortear, aún para un hombre como él que había sobrevivido a tantas mañanas como esa, durante cincuenta y seis años —desde cuando terminó la última guerra civil— el coronel no había hecho nada distinto de esperar. Octubre era una de las pocas cosas que llegaban.

Su esposa levantó el mosquitero cuando lo vio entrar al dormitorio con el café. Esa noche había sufrido una crisis de asma y ahora atravesaba por un estado de sopor. Pero se incorporó para recibir la taza.

—Y tú —dijo.

—Ya tomé —mintió el coronel—. Todavía quedaba una cucharada grande.

En ese momento empezaron los dobles. El coronel se había olvidado del entierro. Mientras su esposa tomaba el café, descolgó la hamaca en un extremo y la enrolló en el otro, detrás de la puerta. La mujer pensó en el muerto.

—Nació en 1922 —dijo—. Exactamente un mes después de nuestro hijo. El siete de abril.

Siguió sorbiendo el café en las pausas de su respiración pedregosa. Era una mujer construida apenas en cartílagos blancos sobre una espina dorsal arqueada e inflexible. Los trastornos respiratorios la obligaban a preguntar afirmando. Cuando terminó el café todavía estaba pensando en el muerto.

“Debe de ser horrible estar enterrado en octubre”, dijo. Pero su marido no le puso atención. Abrió la ventana. Octubre se había instalado en el patio. Contemplando la vegetación que reventaba en verdes intensos, las minúsculas tiendas de las lombrices en el barra¹, el coronel volvió a sentir el mes aciago en los intestinos.

—Tengo los huesos húmedos —dijo.

—Es el invierno —replicó la mujer—. Desde que empezó a llover te estoy diciendo que duermas con las medias puestas.

—Hace una semana que estoy durmiendo con ellas.

(386 words)

¹ “Banco o bajo de arena que se forma a la entrada de algunas rías, en la embocadura de algunos ríos y en la estrechura de ciertos mares o lagos, y que hace peligrosa su navegación.

Key to text: *No One Writes to the Colonel*, by Gabriel García Márquez

The colonel took the top off of the coffee can and saw that there wasn't more than a spoonful (left). He removed the pot from the stove, poured half of the water on the earthen floor, and with a knife scraped the the last bits of the ground coffee, mixed with rust, into the pot.

While waiting for the brew to boil, seated next to the earthen stove in an attitude of trusting and innocent expectation, the colonel had the impression of having fungi and poisonous lilies growing in his guts. It was October. A difficult morning to get around, even for a man like him who had survived so many mornings like that one. For fifty-six years —since the last civil war ended— the colonel had done nothing else but wait. October was one of the few things that arrived.

His wife lifted up the mosquito net when she saw him come into the bedroom with the coffee. That night she had suffered an asthmatic/asthma attack and she was feeling drowsy. But she sat up to take the cap.

"And you?", she said.

"I had one already", lied the colonel. "There was still a big spoonful left".

At that moment the bells started to toll. The colonel had forgotten all about the funeral. While his wife was having coffee, he unhooked the hammock on one side and rolled it up on the other, behind the door. The woman thought about the dead man.

"He was born in 1922", she said, "exactly a month after our son. April 7th."

She kept sipping her coffee in the pauses of her gravelly breathing. She was a woman barely built of White cartilage on an arched and inflexible backbone.

The breathing disorders made her ask questions by asserting. When she finished her coffee she was still thinking of the dead man.

"It must be horrible to be buried in October", she said. But her husband paid no attention. He opened the window. October had settled down in the patio. Gazing at the vegetation which burst in different shades of intense green, tiny worm shops in the mud, the colonel felt the fateful month in his guts.

"My bones feel damp," he said.

"It's the winter", replied the woman. "Since it started raining I've been telling you to sleep with your long johns."

"I've been sleeping with them on for a week."